

AKIRA MIZUBAYASHI

REINA  
DEL CORAZÓN

Traducción de Lucía Dorín



Mizubayashi, Akira

Reina del corazón / Akira Mizubayashi. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2023.  
248 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Lucía Dorin.

ISBN 978-987-628-696-1

1. Literatura Japonesa. 2. Narrativa Japonesa. 3.  
Novelas. I. Dorin, Lucía, trad. II. Título.  
CDD 895.63

Título original: *Reine de coeur*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: marzo de 2023

© Éditions Gallimard, París, 2022

© de la traducción Lucía Dorin, 2023

© de la presente edición Edhasa, 2023

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 50 327 069  
Argentina  
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-696-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Printing Books

Impreso en Argentina

Esta edición de 3,000 ejemplares de *Reina del corazón*, de Akira Mizubayashi, se terminó de imprimir en Printing Books, el 22 de febrero de 2023.

*<Página 11:> Haruki Murakami, La muerte del comendador, libro 2,  
La metáfora cambiante; traducción de Fernando Cordobés y Yoko Ogihara,  
Barcelona, Tusquets, 2019.*

*A la memoria de Jiro y Aiko Mizubayashi, mis padres*

El caso es que el oficial le entregó la espada a mi tío y le obligó a cortar la cabeza al prisionero. Era un joven teniente segundo recién graduado de la academia militar. Mi tío se negó a hacerlo, por supuesto, pero desobedecer las órdenes de un superior era algo muy grave. Más valía no recibir una sanción. En el ejército imperial la orden de un superior *se consideraba* una orden del mismísimo emperador.

Haruki Murakami, *La muerte del comendador*, libro 2,  
*La metáfora cambiante* (2019)

—Una hoja mojada corta mejor... Kaji, tú quédate ahí. Eres mi testigo oficial... (*Después de la ejecución fríamente realizada del primer condenado a muerte chino.*) Les dirás que solo tienen que tratar de escaparse, si quieren tener la cabeza cortada... ¡El que sigue!

*La condición humana*, primera parte,  
película de Masaki Kobayashi (1959)

La mayoría de mis sinfonías son monumentos funerarios. [...] Pensaba en las celdas de prisioneros, en esas espantosas madrigueras en las que los hombres son enterrados vivos. Esperan que vengan a buscarlos. Pueden volverse locos de miedo. Mucha gente no soportaba esa tensión y se volvía loca. Lo sé. La espera de la ejecución es uno de los temas que me ha torturado toda la vida.

*Testimonio. Las memorias de Dimitri Shostakóvich*,  
entrevista realizada por Solomon Volkov

Primer movimiento

Un hombre, dos mujeres

# 1

*Desde el incidente de Mukden en 1931, Japón emprende una guerra de agresión colonial en China. En febrero de 1945, seis meses antes de la caída del Imperio nipón, las operaciones militares del ejército imperial no disminuyen en Manchuria, sembrando de forma continua el terror entre la población.*

De pie al lado de un barril lleno de agua hasta el borde, colocado muy cerca de una enorme fosa recientemente cavada, el sargento mayor Ashibé saca del bolsillo de su saco un gran cuadrado de tela blanca. Desde la empuñadura hasta la punta, limpia un sable, que brilla en todo su esplendor. La tela se embebe inmediatamente de sangre, de una sangre humeante, rojo oscuro.

—¿Viste cómo hay que hacer? Tu turno, Mizukami. Te toca.

Ashibé le tiende su arma a Jun Mizukami, joven soldado de tercera clase.

El sol de invierno está en su zénit.

El sable desnudo, orgulloso de su irisación plateada, soberbio por su potencia asesina, obnubila al soldado con mil resplandores. Está cegado por la claridad; pero, de pronto, cae en la densidad tenebrosa de una tinta negra como si, en un salón de fiestas perfectamente iluminado al anochecer, un desperfecto eléctrico nos sumergiera bruscamente en la más completa oscuridad.

Gotas de sudor corren a lo largo de sus sienas. Algo como un enorme insecto de patas peludas o una culebra viscosa se desliza en silencio por su espalda a lo largo de su columna vertebral, bajo su camiseta empapada que ya embebe su saco de tela gruesa. No ve nada. No escucha nada. Todo está negro, todo está en calma. Pero, de repente, emerge una cabeza de hombre ensangrentada de pelo negro mojado en sudor. Cae en la fosa. Parecería que su boca torcida está a punto de vociferar maldiciones. La cabeza dibuja un movimiento descendente que vuelve a comenzar sin cesar y de extrema lentitud. Cuando encalla en el fondo de la fosa por enésima vez, algo rotundo se erige en él violentamente, como si un mamífero marino al que le faltase el aire en el fondo del agua tratara de volver a la superficie. Ya no se mantiene en pie. Se agarra el vientre con ambas manos para detener el avance irresistible de un maremoto que le sacude las tripas. De repente, vomita un líquido amarillo por la boca y por la nariz.

—¿Qué te sucede, Mizukami? ¡Estás completamente lívido! —señala el sargento mayor Ashibé con una sonrisa sarcástica—. ¡Vamos, es tu turno de mostrarte digno del ejército de Su Majestad imperial! ¡Adelante!

Al pronunciar “Su Majestad imperial”, el sargento mayor se pone instantáneamente en posición de guardia, y conserva esa posición durante largos segundos. Un rictus burlón se dibuja otra vez en sus labios gruesos, mientras que, con los ojos semi-cerrados, apenas visibles en la sombra proyectada por su quepis amarillo kaki, el militar mira con desprecio al joven soldado.

—Sí, sargento mayor —le responde con una voz cascada.

El brillo insoportable del sable empuñado por la enorme mano peluda del militar le corta el aliento. Seis chinos rebeldes con los ojos vendados, tragándose sus llantos de miedo, hacen lo imposible para conservar su dignidad. Sus camaradas presentes

en gran número, sentados en el suelo como aplastados por el sol frío y sus rayos punzantes, reunidos en grupos de diez estrechamente vigilados por soldados con bayonetas, no se atreven a levantar la mirada. Nadie habla. Los obreros chinos, abandonados a ellos mismos, están agobiados por el peso de ese mundo lleno de terror, de un terror que hace callar a las divinidades supremas.

—¡Caramba! —grita el sargento mayor con una voz ronca—. ¿Qué estás esperando, especie de gallina mojada? ¡Adelante! ¡Apúrate! ¡Demuéstrame que eres un verdadero japonés, un verdadero soldado nipón! ¡Espero que no hayas perdido el alma por tu querida música afeminada!

Un desprecio satánico gana todo el rostro del militar. Solo, llevado a sus últimos bastiones, el pobre tercera clase no tiene otra opción que tomar el largo sable de samurái liberado de su funda. La mano derecha, imperceptiblemente temblorosa, del soldado aterrorizado avanza con timidez, con una pesada incertidumbre, palpable.

—No... sargento mayor, no puedo... Discúlpeme... No... no puedo, sargento mayor... De verdad, no puedo, sargento mayor... me es imposible hacerlo... no, francamente, no es posible... — balbucea el joven hombre en voz baja.

—¡Qué dices, especie de imbécil! ¡Es una orden! ¡Yo te ordeno que lo hagas! Recuerda lo que está escrito con todas las letras en el Rescripto Imperial para Soldados y Marineros.\* La orden de un superior equivale a la orden de Su Majestad imperial. ¡No te voy a permitir que digas que lo has olvidado!

\* El Rescripto Imperial para Soldados y Marineros (1882) llamaba a cada miembro del ejército nipón a la fidelidad absoluta hacia el emperador. Todos los militares debían aprender de memoria la totalidad del texto. Junto al Rescripto Imperial sobre la educación (1890) destinado al conjunto de súbditos japoneses, constituye el fundamento de la ideología nacional del Imperio del Gran Japón.

De nuevo, Ashibé, al proferir “Su Majestad imperial” en un tono de absoluta sumisión, se pone servilmente en posición de guardia.

—No... sargento mayor... no... no creo... no creo que se pueda hacer esto... No, de verdad, no es posible... No tengo... No tengo derecho... No hay derecho a hacer algo semejante...

—¿No hay derecho? ¡Estás diciendo estupideces! No te estoy preguntando tu opinión. ¡Te pido que pases al acto! ¡No tienes derecho a desobedecer mi orden! ¡Es mi mandato, el mandato de tu superior! ¡Es el de *Su Majestad imperial* por consiguiente! Si no, vas a ser acusado de alta traición contra la esencia sagrada de nuestro gran imperio nipón, ¿te das cuenta de eso?

—...

Un silencio denso se instala por unos diez segundos... Sin decir una sola palabra, Ashibé sujeta la mano derecha del soldado Mizukami y lo obliga a tomar el largo sable, mientras que dos de sus subalternos fuerzan a un joven insurgente chino a ponerse de rodillas en el borde de la fosa abierta en cuyo fondo yacen dos cabezas cortadas al lado de sus cuerpos sin duda todavía tibios, balanceados unos instantes antes por una simple patada del sargento mayor. El soldado, en el rechazo de todo y de él mismo, tiembla con todo su cuerpo.

De pronto, una cortina blanca cae y le vela los ojos. Ya no ve nada. Se abre entonces en él y por encima de él una caverna donde resuenan sonidos múltiples y graves que no vienen de ninguna parte o de un afuera infinitamente lejano: sobre un fondo de notas deslizándose en sordina pronto se elevan gritos ahogados de pájaros que se intensifican para dar paso al final a una sucesión de tres estruendos siniestros. Luego, después de un silencio de cuatro o cinco segundos, unos sonidos martillados empiezan a vibrar. Pero ese marti-

lleo obsesivo da lugar enseguida a una avalancha de sonidos salvajes que se parecen a estertores de agonía que emanan de las fauces abiertas de una fiera moribunda, una avalancha diluviana de sonidos sobreagudos sobre la que se destacan claramente innumerables y furiosos golpes de martillo de madera como los latidos del corazón que no cesan de acelerarse hasta la crisis cardíaca fatal...

—¡...!

Un grito estridente vomitando su nombre destroza el fondo sonoro y hace brotar la sangre roja viva sobre la tela de una blancura resplandeciente que ocupa todo su campo visual.

Destrozado bajo el peso de una jerarquía militar en cuya cima está sentado un príncipe divinizado, el pequeño soldado no puede hacer otra cosa que resignarse a tomar finalmente el arma blanca de una perfecta curvatura geométrica. La sostiene ahora con sus dos manos. Un júbilo perverso aflora sobre el rostro del militar que observa el más mínimo gesto del infante novicio. Este se acerca al condenado a muerte arrodillado en el umbral del precipicio, que ahoga sus gemidos de miedo ante la inminencia de su ejecución. El recluta, asustado, levanta el sable, cierra sus ojos perlados de gotas de sudor, se estremece. El oficial, triunfal, escruta su rostro.

—¡Vamos! ¡Demuéstrame que eres un verdadero japonés, digno del ejército de Su Majestad imperial!

De golpe, una VOZ interior se eleva del fondo de las tinieblas: “No, no puedes hacer esto, NO DEBES... eres un HOMBRE antes que un japonés... Eres necesariamente un hombre, y solo por azar eres japonés... Tu nacimiento es puro azar. No hay de qué sentirse orgulloso... En cambio, siéntete orgulloso de ser un hombre, un HOMBRE...”.

—¡Vamos!

El grito del sargento mayor retumba otra vez. Entonces los dos brazos del soldado se desploman con furia, acatando la voz salvaje de su superior. La hoja golpea el hombro derecho del joven insurgente. La sangre chorrea al mismo tiempo que un grito monstruoso traspasa los tímpanos del verdugo.

—¡Especie de idiota!

El infante desagraciado, rígido como un robot, abre los ojos. Una gran herida longitudinal, burbujeante de sangre bermeja, invade todo su campo visual.

—¡No lo logras porque ves ahí una cabeza de hombre! ¡Tienes que decirte que es solo una sandía para partir en la playa!

El feroz militar arranca su sable de las manos de su subalterno aterrorizado. Se coloca entonces en una de esas posturas que un samurái adopta durante un duelo a muerte, sosteniendo en el aire con sus dos manos el arma fatal, y sin retraso, da un grito de batalla desbordante de ira. En un segundo, la cabeza del joven chino cae en el gran agujero. Se hunde en la tierra todavía barrosa por las fuertes lluvias del día anterior. El oficial victorioso, después de lanzar una mirada vertical a la fosa común, da, con una despreocupación desdeñosa, una violenta patada al cuerpo decapitado, a ese cuerpo vestido con una camisa amarillenta de tela rústica, a esa masa de músculos tensos al extremo, con las dos manos atadas en la espalda por una cuerda trenzada.

El sargento mayor y el soldado de tercera clase están cara a cara. Sus sacos están manchados de máculas de sangre. El rostro del subalterno, moteado de rojo oscuro, surcado de lágrimas y de sudor, empalidece repentinamente. Siente unas náuseas violentas, no puede evitar vomitar todo lo que tiene en el estómago hasta la última gota de jugo gástrico mezclada con bilis verdosa.